



NUM. 48. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 27 DE NOVIEMBRE DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.

Indefectiblemente se abrirá el barracón de la esposicion artistica en uno de los primeros dias del mes próximo. Ayer ha concluido el plazo para presentar las obras y se halla ya nombrado el jurado. Dícese que el contratista del mencionado barracón trata de darle una apariencia exterior lo mas bella posible y proponer al gobierno su conser-

vacacion hasta la esposicion próxima. Cuando llegue el momento de esta esposicion próxima, el contratista entregará de balde el barracón, con tal que desde aquí á entonces se le permita utilizarlo para los usos que le convengan, por ejemplo, para convertirlo en prendería, en mercado de hortaliza, en almacén de pescado, en salón de baile, etc., etc. Pero nosotros decimos: en cuatro años de plazo que tenemos ¿no ha de hacerse un palacio para las esposiciones? Ya hemos hablado del que se construye en Oporto, ciudad de segunda importancia: pues bien, en Amsterdam se acaba de construir otro que ha costado unos 10.000.000 de reales. La idea de este palacio nació en 1853: el pobre holandés que la concibió estuvo años y años procurando su realizacion, hasta que al fin el ayuntamiento de Amsterdam le concedió un terreno á propósito. Entonces abrió una suscripcion de 1.000.000 de florines, que en veinte y cuatro horas quedó cubierta, y las obras se han terminado ya, y el palacio se ostenta orgulloso en forma de cuadrilátero con 130 metros de largo por 83 de ancho y coronado de una gran cúpula sobre la cual se eleva la estatua colosal

de la Victoria. Dentro de poco se celebrará en este edificio una esposicion general de horticultura, para la cual se han publicado ya los programas.

Lo que ya tiene Amsterdam, lo que pronto va á tener Oporto, preciso es que lo tenga Madrid, no porque el gobierno lo haga, sino porque lo hagan los buenos patriotas que se interesen por el lustre y buen nombre de su país. Por ahora, sin embargo, tenemos que suspender toda gestion: no es este el momento oportuno de promover suscripciones de este género, cuando la inmensa calamidad de Valencia pide urgente socorro y cuando la crisis metálica, y la crisis económica y toda especie de crisis, nos traen á mal traer, nos abruma y nos hacen presentir nuevas pérdidas y desgracias que despues de haber conmovido la fortuna pública conmuevan las particulares. Pasadas que sean estas circunstancias, será cuando podamos llevar á cabo la idea de construir un palacio para esposiciones, que no creemos cueste mas de los 10.000.000 de reales que ha costado el de Amsterdam. Estos 10.000.000 podrán dividirse en cinco mil acciones de 2.000 reales cada una; y podrá ser, segun las combinaciones de que es susceptible este negocio, que no haya necesidad de que se cubran todas.

En esta semana se ha publicado una obra importante entre filosófica y práctica. Titúlase *Ponos*, nombre griego que al principio no atrae suficientemente, pero cuya significacion se comprende pronto, sabiendo que la obra es una leyenda en que alegóricamente se relata la *Historia del trabajo*; es decir, la historia de los esfuerzos de la humanidad para levantarse por medio de la industria, del trabajo y de la inteligencia desde el estado selvático en que yacia en los primeros tiempos históricos, hasta el punto de cultura y civilizacion en que la vemos. El pensamiento es grande, elevado y fecundo, y aunque no estuviera tan bien desempeñado por su autor, sería dignísimo de nuestros elogios y felicitaciones.

El autor relata admirablemente los progresos humanos, guiado por la idea superior de inspirar á los lectores el profundo amor á la ciencia y al trabajo de que él se halla poseído, y poniendo al mismo tiempo ante sus ojos la solucion de muchos importantes problemas del porvenir.

Desde las primeras páginas de la obra, esta comienza á interesar, y generalmente hablando, el interés va siempre en aumento en los cuatro tomos de que la leyenda

consta. Los nombres griegos que el autor da á los personajes que pone en accion, caracterizan perfectamente la alegoria. *Antropos* y *Gina* son los héroes de la leyenda ó sean el hombre y la mujer; y la historia de sus trabajos y esfuerzos en la grande isla de *Ge ó* la tierra, forma el plan de la obra.

Su autor, don Meliton Martin es un ilustrado ingeniero industrial, un hijo del trabajo que ha querido elevar y ha elevado de este modo un bellísimo monumento al padre. Por ello le felicitamos sinceramente y recomendamos su obra á todos los amigos del saber, á los padres sobre todo y á los maestros.

Las elecciones para diputados á Cortes han tenido efecto en los dos primeros dias de la semana, y han dado el resultado previsto ya de antemano. El gobierno, como siempre, ha alcanzado, segun dicen los diarios políticos, una gran mayoría. Espéranse con impaciencia las medidas de Hacienda, que segun parece, van á presentarse á las Cortes para sacarnos del estado angustioso en que nos encontramos. Créese generalmente que estas medidas tenderán á abrir á la especulacion y á la industria española los mercados estranjeros, hoy cerrados á nuestros valores. Sería tambien de desear que á ejemplo de lo que se empieza á ejecutar en otras naciones, se hiciesen grandes economías en el presupuesto de la Guerra, presentándose un presupuesto que pudiera llamarse de la paz. Los papeles ingleses aseguran que el gobierno de la Gran Bretaña va á realizar en este ramo reducciones de gastos tan considerables, que le pondrán en el caso de suprimir algunos impuestos que gravitan todavía sobre las clases pobres y disminuir aun mas la contribucion directa sobre las rentas. Los diarios franceses esperan tambien una disminucion notable en los gastos de armamentos terrestres y marítimos, y dicen que el presupuesto que presentará en breve Mr. Fould á las Cámaras, será un gran paso para la realizacion de la idea que se atribuye á Napoleon, de conseguir un desarme general en Europa.

Pasando ahora á otros asuntos mas divertidos, diremos que el teatro Real volvió á abrir sus puertas en la semana anterior, y aunque muchos agoreros anunciaban una catástrofe, afortunadamente la tal catástrofe no ocurrió; antes por el contrario, el *Rigoletto* que se representó la primera noche fue muy aplaudido y todos los artistas, especialmente la Vitali en esta y en las demás noches han recogido buena cosecha de aplausos. Háblase de una carta de Mr. Bagier, escrita no sabemos

á quien, en la cual se esponen las dificultades con que tropieza en París el empresario de nuestro teatro Real, y se muestra solícito y deseoso de complacer á los abonados hasta el último límite posible. Siempre ha sido Mr. Bagier muy galante.

En el teatro de la Zarzuela se ha puesto en escena la *Campana de la ermita*, zarzuela en tres actos, música de Maillard, arreglo del señor Pastorfidio. La música de esta zarzuela agradó mucho desde la primera noche y ha gustado mas á medida que han sido mas conocidas y apreciadas sus diversas partes. La *Campana de la ermita* es una linda opereta que obtendrá aplausos siempre que se represente y que figurará dignamente entre las mejores del repertorio del teatro de Jovellanos. El arreglo de la letra es generalmente hablando chistoso y feliz, siendo muy fáciles de quitar las espresiones del diálogo que por demasiado aventuradas traspasan el límite del buen efecto, y que dañaron un poco al de la primera noche. Salas, en esta zarzuela, en el papel de sargento de dragones, estuvo felicísimo; y la Ortoneda en el de Berta fue aplaudida con justicia.

Para el Circo se prepara, según tenemos entendido, *El toque de ánimas*. Este toque de ánimas no puede ser mas oportuno en el mes de los difuntos. Cuando la veamos diremos qué tal nos ha sonado al oído este toque.

Ni el Príncipe, ni Variedades, ni Novedades, nos han ofrecido nada notable esta semana. Prepáranse según dicen para las próximas Pascuas.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ANUARIO PERPETUO DE FLORICULTURA.

NOVIEMBRE.

Si bien la profunda y destructora huella del tiempo se manifiesta en los seres organizados individual y colectivamente, sabia prevision fue del Supremo Artífice el disponerlo de esta manera, á fin de que sucediéndose unos individuos á otros, y estando sujeto á la muerte todo lo que tiene vida, queden sin embargo las especies para sostener y multiplicar, tanto cuanto dure el mundo, los diferentes y numerosos seres orgánicos que componen la creacion. Sublime prodigio que merece lo examineis con algun cuidado; y sin duda alguna os asombrará tan ilimitado poder, cuando reconozcais el prodigioso número de gérmenes con que la naturaleza siempre benéfica y pródiga asegura la conservacion de cada especie. Así, pues, ¿qué importa á la inconmensurable fuerza reproductiva de la creacion el perder aisladamente los individuos, si tiene ya preparados de antemano y convenientemente dispuestos los infalibles é inmutables medios de inmortalizar las especies? ¿Qué riesgo se puede correr en que muera anualmente la humilde planta de la adormidera, ó que perezca el helecho, ó que sucumban por vejez ó mas bien por causas accidentales, los corpulentos olmos y los gigantescos pinos, si la primera de estas plantas cuenta con mas de treinta mil gérmenes ó semillas, la segunda con un millón y se puede calcular por millares las semillas que pueden dar cada uno de aquellos últimos vegetales? De esta manera veis demostrado que en el reino orgánico la muerte de un individuo equivale á una gota de agua para la inmensidad del Océano que está recibiendo continuamente en su seno el producto de todos los rios que cual sumisos tributarios devuelven al depósito universal todo lo que de él anteriormente tomaron. Del mismo modo la naturaleza en sus constantes evoluciones de composicion y descomposicion, en las cuales gira alternativamente sin tregua ni descanso la muerte y la vida, produce sin cesar nuevos individuos á espensas de los despojos de los que sucumben, conservando siempre invulnerable el tipo específico y el necesario é indispensable equilibrio de la creacion.

Ya habeis visto lo que sucedió anteriormente con las plantas anuales, que tan pronto como dieron el fruto y cuajaron por completo su simiente, asegurando la existencia de las nuevas plantas que las han de suceder, perdieron por momentos su lozanía, principiaron á marchitarse y secarse, inclinándose místias hácia la tierra, hasta que por fin perecieron sirviendo todavía de abrigo á una nueva generacion cobijada y amparada debajo de sus despojos. ¿Qué se ha hecho de esa multitud de frescas y floridas plantas de vuestros jardines que há pocos dias lisonjaban agradablemente la vista y embalsamaban el ambiente con los suaves y penetrantes aromas que exhalaban sus corolas? Es que el término, la duracion prelijada por la naturaleza á su efimera existencia ha llegado á su fin; por eso notareis que los jugos nutritivos que sus raíces chupaban de la tierra y que sus hojas estraian de la atmósfera para trasformarlos en jugo reparador y alimenticio, no pueden ya ser absorbidos por las esponjuelas de las raíces ni tampoco abrirse paso y circular por aquellos canales obstruidos y obliterados por la desoladora mano del tiempo. La esencia, el principio vital que sostenia el organismo en accion, impidiendo la disolucion de los órganos, ha desapare-

cido; el individuo ha muerto y la planta abandonada á la accion destructora de las afinidades químicas, es decir, de la *eremacausia* ó sea á beneficio del calorico y de la humedad del aire, se va descomponiendo lenta é insensiblemente hasta convertirse en una masa pútrida y despues en *humus* ó mantillo vegetal, cuyos elementos componentes obedeciendo á las constantes leyes de la naturaleza van á formar y constituir otros compuestos que se emplearán con el tiempo de un modo nuevo y siempre útil al sosten y acrecentamiento de la vegetacion. De esta manera observareis que los vigorosos renuevos que brotan alrededor de la planta madre, se alimentan ya de las materias asimilables que ésta proporciona al terreno al mismo tiempo que se descompone y perece.

¡Cuán digno de tenerse en cuenta es el poderoso aviso que la naturaleza pone de continuo ante nuestra vista en los vegetales anuales, en ese rápido paso de la vida á la muerte y de la consiguiente descomposicion de la materia!... ¡Cuán se presta este fenómeno de la vegetacion, por encontrarse sujetos á las mismas leyes el hombre y todos los animales, á profundas consideraciones que nos ponen de manifiesto las dolorosas fantasías de la vida, su rápido sueño y que nos demuestran constantemente que la existencia no es en último término otra cosa que una muerte sucesiva que avanza insensiblemente desde la cuna al sepulcro!...

Todo lo que vemos y habitamos, está cimentado sobre los restos y las ruinas de lo que existió anteriormente, y no nos es posible dar un paso sin hollar los desmoronados escombros, restos aun de pasadas generaciones. Del caos surgió por la voluntad suprema el mundo primitivo; el gran cataclismo trastornó la tierra hasta en lo mas profundo de sus entrañas y sobre estas masas hacinadas y confundidas y arrastradas por todo el ámbito del globo terráqueo, se fundó y vive el mundo moderno. Igualmente con el poder y engrandecimiento de las sociedades, cuyo término mas ó menos remoto es siempre la destruccion y en la inestabilidad de las cosas humanas, en los continuos vaivenes de la vida, el hombre cambia con suma facilidad del bienestar á la desgracia; mas la adversidad y la dicha dependen del mas ligero soplo que apaga, cuando menos lo esperábamos, la antorcha de nuestra vida. ¿Si todo lo que nace perece, á qué esa continua zozobra y ese vago y pueril temor á pagar el justo é inescusable tributo que todos debemos á la naturaleza? Esperemos tranquilos el rápido instante de la última separacion; y si la hora de la partida ha llegado, partamos pues y descansenos de una vez y para siempre de los infortunios y penalidades de la vida, y no inquiete ni entristezca nuestro espíritu en tan críticos momentos, el abandonar los fugaces placeres ni las mentidas ilusiones que nunca se llegarían á realizar. De esta manera es como nuestra alma se fortifica y descansa en místicas esperanzas, aguardando recobrar su primitiva pureza, y gozar allá en la eternidad de la presencia misma del Criador.

Se han pasado ya treinta y nueve dias de los 89,7 de que aproximadamente consta la tranquila estacion de la maduracion de los frutos. Los árboles y arbustos de hoja caduca continúan desnudándose rápidamente de su lozano y tupido manto, y las pocas hojas que quedan en nuestra region del Norte, lánguidamente prendidas en las ramas, han perdido ya toda su frescura y todo su verdor, y su pronunciado color amarillento, indica bien á las claras la falta de vitalidad en estos órganos.

Si el mes anterior finalizó con lluvias, estas continúan aun en los primeros dias de noviembre y en algunas ocasiones arrecian tanto los fuertes temporales, que el aire se torna en violento huracan, las costas se embravecen haciendo peligrosísima la navegacion, y los violentos aguaceros sacan los rios de madre produciendo en muchos casos terribles inundaciones. En la region del Mediodia de España, los árboles conservan, aunque algo descolorido, casi todo su follaje, y en muchas localidades abrigadas y resguardadas del Norte, las parras todavía ostentan lozanas los succulentos racimos. Las noches son frescas, pero aun se disfrutan de bellisimos dias, cuya temperatura es sumamente benigna y enteramente igual á la que se suele alcanzar en la region central en los plácidos dias de octubre. Mas en la region del Norte y aun en la central, los frios suelen ser ya en muchas ocasiones bastante intensos, los rocíos son mucho mas fuertes y frecuentes que en el mes anterior, y todas las plantas anuales que se agostaron en el estío, empuñan con sus finas y tiernas hojuelas los sotos y las praderas. Despues de una noche serena y fria á la mañana siguiente se nos presenta toda la campiña cubierta de un cristalino y abrigado manto producido por el rocío helado ó sea la escarcha. Esto consiste precisamente en que la temperatura del terreno y de los vegetales, sobre los cuales se deposita el rocío, es mas baja que la del agua congelada, de modo que cuanto mas se repitan estos accidentes meteorológicos, serán mas intensos y mas continuadas las escarchas.

Al ponerse el sol suelen levantarse ligeras brumas que cierran la noche en densa y oscura niebla, y no siempre la nueva salida del rey de la luz tiene suficiente fuerza para desvanecerla. Mas si alrededor del medio dia no ha vencido la claridad á la tinieblas, porque la temperatura de la atmósfera es mas baja que la del terreno, los vapores húmedos que se desprenden de

la tierra continúan aprisionados por los vapores acuosos condensados, que flotan en la atmósfera, y en estos casos la niebla es fria y estremadamente húmeda y dura mas ó menos tiempo, hasta que, ó sobreviene la lluvia ó las corrientes superiores de aire, ayudadas por los templados rayos del sol, equilibrando la temperatura, la dispersan y disuelven completamente. Así es que observareis que á todo lo largo de las márgenes y desembocaduras de los rios, las llanuras bajas, humedecidas por frecuentes rocíos, los terrenos encharcados y cenagosos, son los sitios mas á propósito para que desde esta época hasta bien entrada la primavera se formen las nieblas que han de contribuir á fecundizar los campos por la electricidad y sustancias solubles que depositan en la tierra.

El dia 1.º sale el sol á las seis y treinta minutos, llega al meridiano á las once horas cuarenta y tres minutos y cuarenta y dos segundos, se oculta á las cuatro y cincuenta y siete, y discurre por el horizonte diez horas y veinte y siete minutos. El dia 15 aparece á las seis y cuarenta y cuatro minutos y cincuenta y un segundos, desaparece á las cuatro y cuarenta y tres, y le vemos sobre la tierra nueve horas y cincuenta y siete minutos. Finalmente, el dia 30 no sale hasta las siete y tres minutos, pasa por el meridiano á las once horas cuarenta y nueve minutos y tres segundos, se pone ya á las cuatro y treinta y cinco, y no está sobre el horizonte mas que nueve horas y treinta y dos minutos. De modo que notareéis que el dia decrece durante este mes cincuenta y siete minutos, treinta y cuatro minutos por las mañanas y veinte y tres por las tardes.

En los primeros dias de noviembre, y antes de que sobrevengan las escarchas, cogereis todas las frutas de vuestros árboles que han de madurar en el frutero, cuidando antes de ponerlas clasificar según la época de su maduracion, estendidas sobre unas esteras ó sobre paja en una habitacion seca y bien ventilada, y si ser puede que les dé el sol para que pierdan toda la humedad exterior y se oreen perfectamente antes de colocarlas en el frutero. Éste, para que reúna las buenas condiciones que son indispensables á su objeto, se ha de procurar que sea una habitacion de las situadas en el centro de la casa, á fin de que no experimente las alternativas atmosféricas de frio, calor y humedad, que siempre se conserve á igual temperatura, que sea seco, y si es posible que no reciba directamente las luces del exterior. Si la casa no os permitiese llenar todas estas condiciones, vuestro ingenio suplirá lo que le falte, preparando el cuarto de manera que no tenga exceso de luz directa ni se dejen sentir en él las influencias exteriores. Su extension, como es consiguiente, estará en directa relacion con el número de frutales que cultiveis y con el de la cosecha que hayais de encerrar en el frutero. Elegida ya la habitacion, no teneis mas que construir unos bastidores alrededor de la pared, que avancen ó tengan de fondo un metro, sin contar el grueso de las maderas, con cuatro travesaños de alto á bajo, colocados de 70 en 70 centímetros, de modo que dejen unos dos pies y medio de hueco, cuyos bastidores asegurados con fuertes clavos á la tapia, se asemejarán al armazon de una anaquelaría ó de una estantería para libros. Sobre los travesaños ireis colocando unos zarzos hechos con mimbres ó cañas de dos metros de largo por uno de ancho, y si la habitacion fuese lo suficientemente capaz y la cosecha abundante, colocareis en el centro otra línea de bastidores hasta de dos metros de ancho, dejando el espacio necesario para poder pasar por todo alrededor.

Dispuesto ya el frutero de esta manera, se echará sobre los zarzos una capa de paja seca y menuda, de unos tres centímetros de espesor, cosa de pulgada y media, y sobre la paja colocareis otra capa igual de serrin seco y bien limpio de astillas y virutas. Cuando ya las frutas estén completamente secas de toda humedad, como que las teneis de antemano clasificadas por el orden de su sucesiva maduracion, las ireis colocando de esta misma manera en el frutero, procurando que no se toquen las unas con las otras al distribuirlas en su posicion natural sobre los zarzos, manoseándolas todo lo menos posible. Despues de terminada por completo su colocacion, ireis rellenando los huecos que resulten entre fruta y fruta, con serrin hasta dejarlas cubiertas enteramente, pudiendo al mismo tiempo colocar unas etiquetas con el nombre del mes de la maduracion, en donde principien y concluyan cada una de estas secciones. Escusado es el encargarnos que no habeis de guardar en el frutero mas que las frutas que estén perfectamente sanas.

El dia 18 notareéis que las *pleyadas* ó siete cabrillas se ponen á la salida del sol, y que el dia 21 entra el astro solar en el signo de Sagitario.

En este mes maduran el melocoton de hoja de sauce y la paria tardía. En las ciruelas, la de San Martín y la de Monsieur tardía. En las peras, la bergamota de otoño, la de bezi de Luesno y la bequesne, la de mar-tín seca, la crassane, la rojita, la de buen cristiano de España, la de San German, la de San German rayada de amarillo, la manteca de Aremberg, la savia, la duquesa de Angulema, la cantillac, la virgulososa, la bezi de Chaumontel, la marquesa, la de Gile, la de San Le-zain, la espina de invierno, la maravilla de invierno, la

almizcleña, la del buen cristiano turca, la de Echase-ry, la de Siculle y la de buen ingerto. En las manzanas, la de los cuatro gustos, la reineta del Canadá, la reineta gris del Canadá, la sin igual, la reineta tierna, la reineta rusac, la reineta de Bretaña, la América de cara ancha, la cohombro, la mal cortada roja, la bella de bosque, la reineta enana, la calvilla encarnada de invierno, la calvilla normanda y la gran papá.

El mes de noviembre suele ser en la region central, en la del Norte y en la occidental, vario, alternando las lluvias con las nieblas y aun con el buen tiempo, y algunas veces con las nubes, hielos y fuertes escarchas. En el Este y Mediodia las lluvias siguen al buen tiempo y viceversa; en ciertas ocasiones refresca, mas en los puntos elevados de la parte montañosa ya comienza á dejarse sentir el frio. En las primeras escarchas perecerán indudablemente los tallos y las bonitas flores de las dalias, los de las damasquinas y clavelones, los de las ginnias amarantos y otras plantas de adorno de vuestros jardines, y únicamente lucirán sus flores los crisantemos de la China.

En esta época comenzareis la cava general que habeis de dar á las eras, platabandas, arriates y demás terreno que destineis para la siembra, trasplanto y cultivo de las plantas y flores de adorno, embasurándolo con estiércol podrido, y dándole despues una entrecava á media pala de azadon para que dicho abono quede bien mezclado con la tierra. Como que habeis de procurar que vuestros jardines se encuentren adornados de flores desde antes de la primavera hasta fines del otoño, debereis elegir las diferentes plantas propias para este objeto, y tambien establecer como os hemos dicho varias siembras sucesivas de las flores anuales, y de algunas de las bisanuales que pierden su tallo en el invierno y hasta de las perennes. Por esta razon, una vez convenientemente preparado el terreno como os acabamos de manifestar, le habeis de distribuir ya desde un principio para este objeto, es decir, que inmediatamente despues de haber concluido la entrecava, alternativamente y en sitios distintos sembrareis los alelies de Mahon, *hesperis maritima*, los carraspiques blanco y morado ó pinitos de flor, *Iberis odorata* ó *Iberis umbellata*, las espuelas de caballero, *Delphinium ajacis*, la arañuela, araña ó agenus de jardines, *Nigella damascena*, la yerba cupido, *Catanacheceerulea*, el azulajo, *Centaurea cyanus*, los pensamientos, trinitarias ó flores de la Trinidad, *Viola tricolor*, los guisantes de olor, *Lathyrus odoratus*, la maravilla, corona de rey ó flamenquilla, *Calendula officinalis*, las golillas de corte, *Polygonum orientale*, la lunaria, *Lunaria annua*, la muscipula ó papamoscas, *Silene armeria*, las adormideras, *Papaver somniferum*, las amapolas de campo dobles, *Papaverrhoeas*, los adonis de otoño y de verano, vulgarmente llamados saltá ojos, *Adonis autumnalis* ó *estivalis*, las estrañas ó estrellas de mar, *Arctichinensis* y otras varias plantas que ya conoceis. De estas mismas flores podeis sembrar en las platabandas ó eras situadas al Mediodia y al abrigo de las paredes ó de las habitaciones, y de este modo se anticiparán á las que sembréis á todo viento. Los arriates, las eras y las platabandas las podreis perfilar con clavellinas, *Dianthus caryophyllus*, con julianas, *Hesperis matronalis* con ramillete de Constantinopla ó cruz de Jerusalem, *Lychnis chalcedonica*, con minutisa, *Dianthus barbatus* y demás que arrancareis de los semilleros con el azadon, escogiendo siempre las mas lozanas y crecidas. Antes de trasplantar estos vegetales á su sitio correspondiente, los limpiareis y quitareis las hojas secas ó medio podridas, los insectos, babosas, lombrices y caracoles que se suelen albergar entre sus tallos y raices, y últimamente les cortareis ó despuntareis el tercio inferior de su raiz central y las que estén heridas ó magulladas, dejándoles intactas las laterales con toda su cabellera capilar. Asi preparadas, las trasladareis en grandes esportones desde los semilleros á los sitios á donde las vais á trasplantar, y las distribuireis á la distancia de cuarenta centímetros ó pie y medio unas de otras, bien festoneando los bordes de las eras de una misma clase de planta de clavellinas por ejemplo, ó bien interpolando en esta especie de cordon las clavellinas con las minutisas, con la cruz de Jerusalem y demás, lo cual es mucho mas vistoso y agradable, dejando el centro de las eras platabandas y arriates para los semilleros de flores de que os hemos hablado antes. Distribuidas ya las plantas en el sitio en que se han de colocar, tomareis una azadilla estrecha con la mano derecha, y con la izquierda cogereis la planta por su extremo inferior y estendiendo los dedos hácia abajo, abrazareis las raices todo lo que alcance la mano; inmediatamente, dando un fuerte golpe con la azadilla, abrireis un hoyo en la tierra, en el cual introducireis la planta hasta un poco mas arriba del cuello de la raiz, y volviendo la azadilla apretareis fuertemente con el cotillo todo alrededor de la planta, con el fin de que quede bien asegurada al terreno, sin lo cual podrian ventearse las raices ó estropearlas los hielos, ó quedar en hueco, y no tomar tierra ni asegurarse, y por consiguiente perderse el vegetal por la falta de esta debida precaucion. Esta misma manipulacion la ejecutareis con todos los vegetales que vayais á trasplantar, verificando este trabajo bien entrado el dia y cuando la escarcha, y sobre todo el hielo se hubiesen deshecho, no debiendo regar, porque la tierra ahuecada

y mullida con la cava y esponjada con las lluvias, las nieblas, los rocíos y las escarchas, tiene la suficiente humedad para que se aseguren y arraiguen. Únicamente ejecutareis esta operacion en los paises meridionales ó en sitios en donde no haya que temer las heladas, y el tiempo hubiese estado seco; entonces sí podeis sin temor alguno darles un abundante riego de pie.

En este mes habeis de principiar el replanteo, distribucion y plantacion de los jardines de nueva planta, y levantareis, cavareis, embasurareis y volvereis á arreglar y plantar los parterres y praderas que ya hiciese algun tiempo que no se hubiesen cavado, ni embasurado. En los sitios sombríos de vuestros jardines, las fajas de los arriates y platabandas, y las praderas y macizos las podeis plantar de violetas, *Præcox* y *granada*, margaritas ó chirivitas, *Bellis perennis*, *viola odorata*, *des del Olimpo* *Armeria vulgaris*, *geranis*, césped ó césped *Cerastium tomentosum* y ray-grás. *Taraxacum officinale* los arbustos y árboles de adorno y ornato que se hubiesen perdido, cuidando que la tierra que cubren en los hoyos sea nueva y esté bien embasurada. Del mismo modo verificareis la plantacion de arbustos y árboles frutales y parras, ya formando vergeles ó ya solamente cubriendo las paredes de vuestros jardines. Como que las hojas se están desprendiendo continuamente de los árboles, las ireis recogiendo y amontonando para llevarlas al basurero ó pudridero juntas con los demás despojos vegetales que tendreis cuidado de separar de los estiércoles de caballeriza, para que despues de convertidas en mantillo resulte una excelente tierra, que mezclada con arena pueda suplir á la que los jardineros denominan *tierra de brezo*.

En los invernaderos suspendereis los riegos, no regando mas que lo indispensable para que las raices de las plantas se conserven ligeramente humedecidas, y en los dias serenos y despejados, tendreis abiertas las vidrieras desde las once á las dos de la tarde. Si el tiempo no se presentase frio, podeis suspender hasta mediados ó fines de mes el introducir la basura viva en las estufas calientes, para lo cual consultareis el termómetro de máxima y mínima que tendreis colocado en su interior, y si la temperatura no bajase de siete grados sobre cero durante las noches únicamente tendreis cerrado. Por el dia, y antes de la postura del sol, echareis las esteras para cubrir los cristales del frente y de la parte superior. Los ventiladores los tendreis abiertos en los dias de sol de once á una, y no regareis mas que aquellas plantas que lo hubieren menester. Mas cuando los frios sean ya bastante sensibles y continuados, metereis la basura en las estufas calientes, teniendo antes el cuidado de mojarla y revolverla, y asi bien humedecida y casi encharcada la echareis en los cajones ó fosos de la estufa apisonándola fuertemente. Sobre esta basura apisonada, pondreis una capa de casca de curtidores, en la cual enterrareis hasta el borde las macetas de las ananas ó piña de América.

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

INUNDACIONES DE VALENCIA.

Véanse los nuevos pormenores que nos dan sobre esta terrible calamidad:

Despejado por fin el cielo, y libres del terror que nos comprimía, hemos vuelto mil veces á verter lágrimas. ¿Quién no se aflige ante el lastimero clamor del colono que perdida la sementera y arrasados los campos, se encuentra sin una tahulla de tierra donde sembrar el pan que le alimenta? ¿Quién no se contrista al ver el fabricante plegado de brazos reducido á la inaccion y empujado á la ruina? ¿Y quién por fin no llora con el propietario que ha pasado en un dia de la opulencia á la mendicidad? Con tintas tan lúgubres vemos aquí pintados diariamente los primeros términos de un cuadro que comenzó con un diluvio y acabará Dios sabe cómo. Millares de brazos han quedado sin trabajo y emprenden la emigracion por no morir de hambre. La necesidad es estrema y aun los que eran potentes se encuentran hoy sin poder alargar una limosna; hay desgracia para todos. El panorama de esta comarca se parece al de Palestina destruida por la mano del Señor; estensos pantanos, pedregales inmensos, profundos barrancos y fangosos arenales, cubren la mayor parte de su superficie: tan asombrosa catástrofe es superior á las de Sodoma y Pompeya: allí padeció un pueblo; aquí han padecido muchísimos: allí no quedó un habitante que llorara sobre sus ruinas, y aquí tras la destruccion completa de ciudades como Alcira han quedado el hambre, el luto y la desolacion; bandadas de ancianos, de adultos, de niños, van á llorar sobre ellas la pérdida de sus hogares, de sus bienes, de sus familias; el fecundo suelo de la Ribera sin la acequia Real, esa colosal arteria que hacía brotar de su seno una produccion perenne, ha quedado estéril como los arenales de la Arabia. Los que eran oasis de abundancia, de delicia y de prosperidad se han convertido en lagos de cieno y montones de escombros, que tal vez mañana llegarán á ser focos de infeccion de donde se lance una epidemia. La gran cantidad de sustancias putrescibles sepultadas con tantos cadáveres en sus ruinas bajo la influencia de la humedad, no puede menos de producirla. Creemos no obstante que la

autoridad sabrá evitarla para que á las tintas lúgubres del cuadro no se añadan otras mas negras y lamentables. Alcira absorbe y con razon las miradas de todos. Aquello es un vasto cementerio. Todos los pueblos han sido maltratados extraordinariamente y todos necesitan socorros. Los que están colocados al fin de las cordilleras ó entre montes ó barrancos, como Vallada, Montesa, Canals, Ayora, Cofrentes, Quesa, Bolbaite, Chella, Anna y Enguera, tienen sus tierras de cultivo en las cañadas, vegas ó regueros que forman aquellas por donde rodando las furiosas mareas de agua que descendian de las cumbres las arrastraron consigo hasta el fondo de los mares. Los que yacen próximos á los rios como Manuel, Ceñera, Tous, Sumacánel, Antella, Carcel, Cotes, Gabarda, Cataroja á mas del destrozado de sus campos han sido arrasados en parte. Y los que se alzan en la llanura donde el agua se anansa para tenderse mejor, han sido todos inundados quedando únicamente fuera del agua los edificios mas elevados sucediendo por lo mismo cuantos desastres puedan imaginarse.

Las autoridades han desplegado en todas partes una energía digna del mayor encomio. Ellas han enjugado las primeras lágrimas de los afligidos. Quiera Dios que el gobierno de S. M. y la nacion entera con su misericordia, traigan á esta comarca la tranquilidad y el consuelo.

Adjunta remito una vista de los restos de las fábricas de los señores Fillol y Aparicio, cuya pérdida se calcula en un millon de reales (1).

Seguiré remitiendo á usted lo prometido en mi anterior.

Sin mas queda de usted altamente agradecido su seguro servidor Q. S. M. B.

JOSÉ N. GARNELO.

Enguera 8 noviembre 1864.

POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.

(CONTINUACION.)

Continuemos; entramos en plena mitología.—Todas las divinidades antiguas pasarán á nuestra vista tan pronto aisladas (como la hermosa Ceres, verdaderamente imponente de la casa de Castor y Polux) tan pronto agrupadas en conocidas escenas muchas de las cuales acaecieron en Pompeya. Tales son la educacion de Baco: la historia de *Adriadna*, Paris y las tres diosas; Aquiles en *Scyros*, *Dafne* y *Apolo*, Adonis agonizando, Céforo y Flora; los héroes en particular. *Teseo* y *Andrómeda*, *Meleagro*, Jason, Hércules, sus doce trabajos, su combate con el leon de Nemea, sus amores, sus debilidades (véanse los nuevos descubrimientos, el gran cuadro donde vencido por el amor y la embriaguez sucumbe en presencia de Onfala y de Baco triunfante.) Tales son los episodios preferidos por los pintores de la pequeña ciudad. Tomaban casi siempre sus asuntos de los poemas de Virgilio, y con mas frecuencia aun de los de Homero. Podríamos citar todos los de una casa (la del Poeta, llamada tambien casa homérica), cuyo patio ó habitacion interior era una Iliada pintoresca. Se representaba allí la separacion de Agamemnon y de Criseida; la de Briseida y Aquiles, que, sentado en un trono, con una expresion de disfrazado mandato, invita á la joven á volver á la tienda de Agamemnon: hermoso cuadro justamente celebrado. Allí reinaba tambien la delicada Vénus que *Gell* no ha vacilado en comparar por su forma á la de Médicis y por su colorido á la del *Ticiano*.

En el peristilo de esta casa se volvió á encontrar la copia del famoso cuadro del de Timantes, el sacrificio de Ifigenia. Representóla el artista en pie cerca del altar y grabada la tristeza en el rostro de los espectadores, en particular de Menelao; despues comprendiendo que ha agotado todos los caracteres del dolor, vela el rostro del Padre, no encontrando posible darle la expresion conveniente. Era, segun *Plinio*, la mejor obra de Timantes, y tal es la reproduccion que se ha encontrado en la casa del poeta en Pompeya.—Esta Ifigenia, y la Medea de la casa de Castor y Polux (que recuerdan la obra maestra del bizantino Timómacos), son las únicas pinturas pompeyanas que reproducen cuadros conocidos. Sin embargo no nos figuremos que los demás son originales. Los pintores de la pequeña ciudad no eran ni creadores, ni copistas serviles; pero sí imitadores libres, vistiendo á su capricho, por decirlo asi, temas conocidos.—De aquí resulta esa variedad que nos asombra en sus casas, en la reproduccion de un mismo asunto. Hemos visto lo menos diez Ariadnas, sorprendidas por Baco, y no hay dos que se parezcan. De aquí por consiguiente esa libertad y esa soltura en la mano que distinguen á los decoradores que trabajan á su capricho. Ciertamente que sus obras, de un mérito desigual, no son modelos de correccion, las faltas de dibujo y de proporciones, las torpezas y las ligerezas abundan; pero en la pequeña ciudad no podian esperarse las excelencias que en Roma. Observemos los embaldosados de Pompeya y crecerá nuestro asombro. Al principio el piso, era sencillo; formaban una pasta con argamasa;

(1) El grabado de esta vista se publicará en el próximo número; hoy damos la de Alcira de un croquis que nos han remitido.

se la mezclaba con ladrillo machacado, y se hacía una composición que endurecida, se asemejaba al granito rojo. Muchas habitaciones y patios de Pompeya están solados con esta composición, que se llamaba *opus signinum*. Después entre esta corteza, se colocaron primero en cierto orden pequeños cubos de mármol, de vidrio, de piedra calcárea, de esmaltes de colores formando cuadrados ó bandas; después se añaden otros que complicaban las líneas ó variaban los colores, y en fin, se trazaron dibujos regulares, adornos, arabescos, de tal modo que la piedra tallada acabó por cubrir la pasta rojiza, y de esta suerte se obtuvieron los mosaicos, esas alfombras de piedra que adquirieron pronto el valor y la importancia de las grandes obras de arte.

La casa de Fauno, en Pompeya, la más ricamente solada, era un verdadero museo de mosaicos. Había uno delante de la puerta en la acera con una salutación antigua. Otro al pie del *Prothyrum*, figuraba artísticamente máscaras: otros en las alas del *Atrium* figuraban un museo zoológico, en que había dos patos, pájaros muertos, mariscos, peces, palomas sacando perlas de una cajita, en fin, un gato devorando una codorniz, obra maestra de movimiento y de precisión. Plinio habla de una casa cuyo suelo representaba restos de manjares, por lo cual la llamaban la casa mal barrida.

Pero no abandonemos la del Fauno, donde los mosaístas habían pintado en el *æcus* un soberbio león esculpido, cuyas tintas están desgraciadamente muy de-

terioradas, pero que maravilla por su expresiva audacia y fuerza; en el *trilinium*, otro mosaico representaba á Acrato, el genio báquico á caballo sobre una pantera en fin, el del *Ecédra*, habitación donde se reunían los letrados, es la obra maestra de la época; es el monumento más precioso del arte antiguo; representa la famosa batalla de *Arbela* ó de *Iso*, y esta maravilla del arte no era más que el pavimento de un salón.... «Los antiguos ponían el pie donde nosotros las manos», dijo un inglés, y dijo la pura verdad. Las más hermosas mesas del palacio real de Nápoles han sido tomadas de los suelos de Pompeya.

En la misma casa se ha desenterrado el famoso Fauno bailando, estatuita de bronce. Tiene la cabeza y los



INUNDACIONES DE VALENCIA.—VISTA DE ALCIRA.

brazos levantados, los hombros echados atrás, el pecho saliente, cada músculo está en movimiento, todo su cuerpo danza. Faltábale un compañero á este pequeño dios lleno de fuerza y de vida, y en las últimas exploraciones se encontró. Representa un afeminado joven lleno de abandono y de gracia; el Narciso que oye á lo lejos la ninfa Eco. Su cabeza está estirada, su oído atento, su dedo estendido hacía el lugar de donde viene el ruido; todo su ser espera.»

Se han recogido otras estatuas menos perfectas tal vez, pero hermosísimas: el pescador sentado en la fuente de mosaico; el grupo de Hércules teniendo un ciervo estendido bajo su rodilla; un pequeño Apolo puesto de codos en un pilar con la lira en la mano; un viejo Sileno conduciendo un odre; una bonita Vénus arreglando sus mojados cabellos; una Diana cazadora, etc., etc., sin contar los Hermes y los dobles bustos. Los menos apreciables de estos mármoles atestiguan la necesidad de elegancia, que era un elemento de vida en las costumbres de los antiguos. En nuestra época el arte no es más que lo superfluo, cierta cosa insólita y extraña á nuestros usos y á nuestras costumbres. Si tenemos una Vénus de Milo sobre el reló de nuestra chimenea, no es precisamente que divinicemos la hermosura, ni que en nuestros sentidos se establezca la menor correlación entre la madre de las gracias y la hora que es. Vénus se encuentra allí sin atmósfera propia y se enoja.

Si de la pintura y la escultura descendemos á géne-

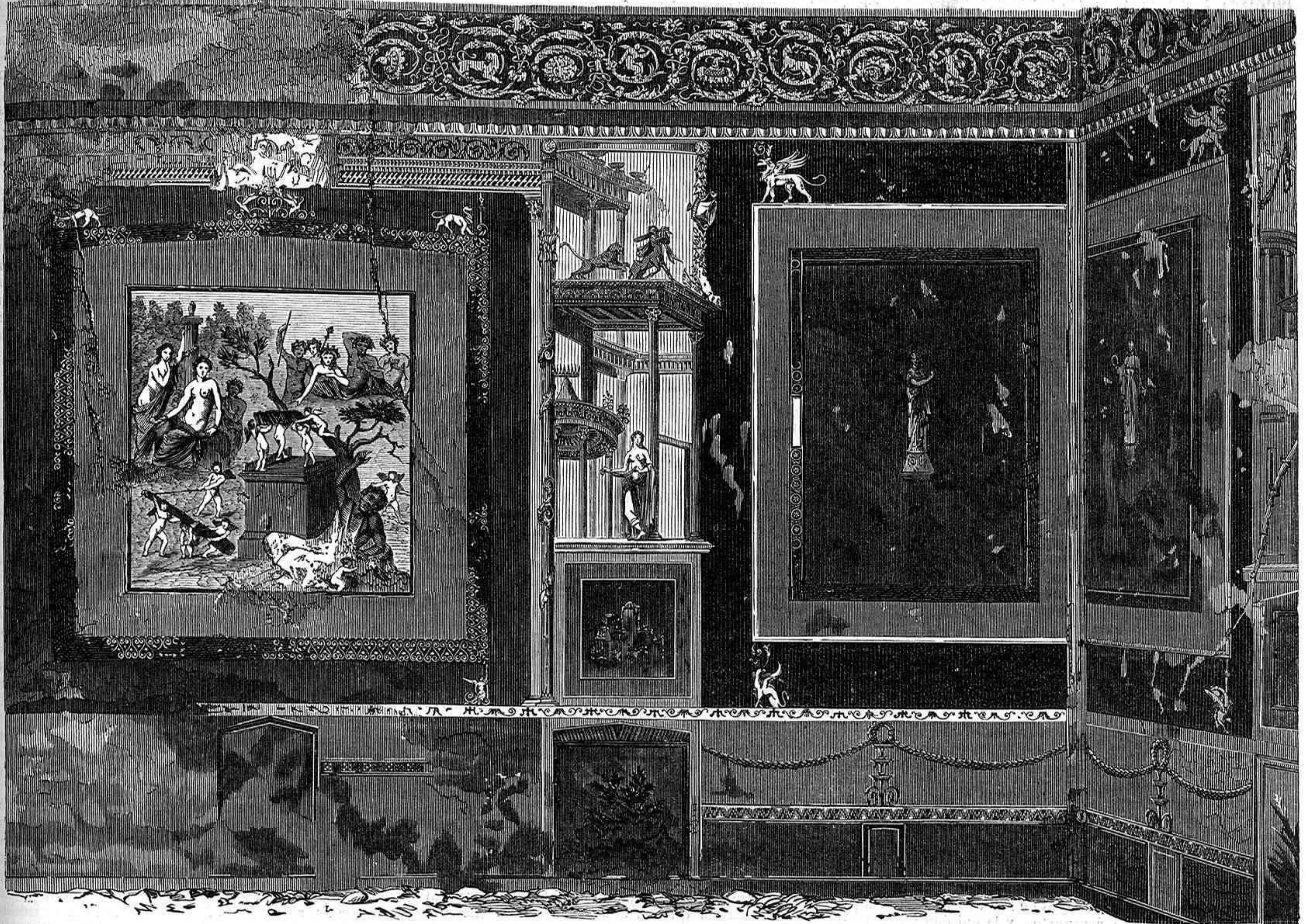
ros inferiores; si como hemos tratado de hacer en casa de Pansa, despojamos el museo para amueblar de nuevo las habitaciones pompeyanas y colocamos en su lugar el hermoso candelabro con la pantera esculpida, que lleva corriendo al niño Baco; el *Scyphus* precioso donde dos centauros llevan á cuestas á unos amorcillos; otro vaso donde Palas está de pie sobre un carro, apoyada en su lanza; la cazuela de plata (¡había cazuelas de plata!) cuyo mango estaba terminado por dos cabezas de pájaro; la sencilla balanza (¡se esculpían también las balanzas!) donde se ve un semi-busto de guerrero con un espléndido casco; en fin los objetos humildes, los más innobles utensilios, el vidriado, la vajilla de barro cubierta de adornos graciosos y á veces esquisitos; si vamos á preguntar al museo de Nápoles lo que reemplazaba á nuestras horribles cajas de muerto, y nos enseñan el hermoso vaso que parece incrustado de marfil y que presenta en bajo-relieves mascarillas envueltas en complicadas hojas de pámpano, tortuosas, sobrecargadas de fruto, mezcladas con diferentes hojas, intrincándose en caprichosos arabescos, formando rosetas, donde se encaraman los pájaros, y no dejando sino dos espacios libres donde niños queridos de Baco, cogen ó pisan uvas, tocan la lira, la flauta y saltan, haciendo castañetear sus dedos, (Además el vaso es de vidrio azul, los relieves de vidrio blanco. ¡Los antiguos cincelaban el vidrio!) ¡ah! no hay duda, al ver tanta maravilla, nos veríamos forzados á confesar que los habi-

tantes de una pequeña ciudad de la antigüedad eran, por lo menos, tan artistas como nosotros. No existía distinción entre el lujo de las artes y lo necesario, entre lo positivo y lo ideal. El arte era el pan cotidiano y no el pastel de los domingos; era el elemento popular, distraía, iluminaba y lo perfumaba todo; no flotaba en una atmósfera exterior ó superior á la vida, era su alma, su alegría, su ambiente. Tal es la lección que nos han dado estas modestas ruinas.

VI.

Pompeya tiene dos teatros: el uno trágico, el otro cómico; el uno bastante grande, el otro más pequeño. El salón del Teatro grande formaba un semicírculo pegado á un cerrillo, aunque la gradería subía desde el saloncillo al paraíso, sin apoyarse en macizas construcciones. Era en cuanto á esto una construcción griega. Las cuatro gradas superiores, apoyándose sobre un corredor abovedado á la romana, dominaban solo la altura donde reinaba el Foro triangular y el templo griego. Podemos ir, pues, desde la calle á las últimas galerías, donde nuestros ojos, por encima de la escena pueden distinguir la campiña y el mar y contemplar el anfiteatro regular, donde se sentaron en otra época cinco mil pompeyanos, ávidos de espectáculos.

A primera vista, tres grandes divisiones llaman nuestra atención. Son los tres órdenes de gradas, llamados *caveas*. Hay tres *caveas*: la ínfima la media y la



POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.—ÚLTIMAS ESCAVACIONES DE POMPEYA.—EXEDRO DE LA CASA DE SIRICO.

superior: la ínfima es la mas noble. No comprende sino las cuatro gradas inferiores, mas anchas y menos altas que las otras. Eran los asientos reservados á los magistrados y á los notables, que se hacian llevar sus cogenes á estos sitios, donde solo ellos tenian derecho de sentarse. Un pequeño muro de mármol, que ha desaparecido, levantado detrás de la cuarta grada, indicaba la separacion de localidades. Los decemvros, los lecuriones, los augustales, los ediles, Holconio, Cornelio, Rufo, Pansa, se sentaban allí magestuosamente separados de la multitud.

La cavea media era para los simples ciudadanos. Separada en secciones (*cunei*) por escaleras que la dividian en seis partes, contenia un número limitado de localidades, marcadas por líneas ligeras y aun visibles. Una targeta ó billete (*tessera*) de hueso, de bronce ó de barro, especie de ficha tallada en forma de almendra, de paloma y á veces de sortija, indicaba exactamente la localidad, la cuña ó seccion, la grada y el asiento que á cada uno pertenecia.

Se han encontrado algunas *tesseras*, con cifras griegas y romanas (lo que prueba que las cifras griegas no hubieran sido comprendidas sin traduccion). En una de ellas se ve inscrito el nombre de Esquilo en genitivo, de lo cual se ha deducido que se habrán representado el Prometeo ó los Persas en el teatro de Pompeya, á menos que este genitivo no indicase el lugar designado por el nombre ó la estátua del célebre trágico.

Algunos han hablado de uno de estos targetones que anunciaba la representacion de una obra de Plauto; pero se puede asegurar que el dicho targeton era falso, si es que ha existido.

En fin, en lo alto del semicírculo, se estendia la cavea superior, reservada á los plebeyos y á las mujeres. Respecto á galantería, estamos mas adelantados que los ro-



EL ASESINO MULLER.

manos. Separaban esta localidad de la otra varias rejas destinadas á impedir el contacto de las gentes acomodadas y de la plebe.

En el muro de la gradería popular se ve aun el anillo que sujetaba el mástil del velario. Este velario era un toldo que se estendia sobre los espectadores para preservarlos del sol. Descendamos ahora á la orquesta, que en los teatros griegos estaba destinada á las danzas y á los coros; pero en los romanos á los grandes dignatarios, y en Roma á los principales, á las vestales, á los senadores.

La escena, levantada metro y medio sobre la orquesta, era mas ancha y menos larga que las nuestras. Los personajes del antiguo repertorio no se multiplicaban como en nuestras comedias de magia. La escena se estendia entre un proscenio ó ante-escena, prolongándose hacia la orquesta por un tabladillo de madera que ha desaparecido, y el postcenium ó la parte posterior. Existia tambien el *Hiposcenio* ó sea el teatro subterráneo que servia á los maquinistas. El telon (*siparium*, invencion romana) no caia del techo: al contrario, bajaba para descubrir la escena, y se enroscaba por medio de un ingenioso procedimiento que nos fue explicado por *Mazois*. Asi el telon bajaba al empezarse la obra y subia al terminarse. Sabemos que en el drama antiguo, la cuestion del decorado era muy sencilla por la regla de unidad de lugar. En la escena estable se representaba el palacio de un príncipe, y este no se pintaba en el telon del fondo, sino que se edificaba, elevándose á la altura de la gradería mas alta del anfiteatro: el edificio de la escena era de mármol en el gran teatro de Pompeya. Representaba una magnífica pared con tres puertas: por la de en medio, puerta real, entraban los príncipes; por la derecha del espectador entraba la gente de la casa y las

mujeres, y por la de la izquierda los huéspedes y los forasteros. Entre las puertas habia nichos redondos y cuadrados para estatuas. En la decoracion móvil (*scena ductilis*), los bastidores salian delante del muro del fondo en caso de mutacion visible (por ejemplo cuando se representaba el Ajax de Sofocles, donde la escena varía desde el campamento de los griegos á las orillas del Helesponto). Las decoraciones laterales eran poco importantes; á cada lado habia un bastidor móvil en tres direcciones (*scena versilis*), representando tres asuntos distintos. Habia tambien nichos cuadrados en el muro de la ante-escena, sea para las estatuas ó para los comisarios de policia que vigilaban desde allí á los espectadores.

Tenemos una predileccion marcada por el pequeño teatro, que se ha llamado el Odeon. ¿Es tal vez porque probablemente no se representaban allí tragedias? ¿Quizá porque el salon de espectáculo parece mas completo y mejor conservado gracias á las inteligentes restauraciones del arquitecto La Vega? Estaba cubierto (dos inscripciones lo atestiguan con claridad) probablemente de una techumbre de madera, no siendo los muros bastante fuertes para sostener una bóveda. Se llegaba hasta allí atravesando un pasadizo ó corredor cubierto de inscripciones trazadas por la multitud.

M. M.

(Se continuará.)

EL ASESINO MULLER.

No hace mucho tiempo á diez minutos de Londres y entre dos estaciones que se hallaban á pocos minutos tambien de distancia, fue asesinado en un coche del ferrocarril un negociante inglés llamado Mr. Briggs á quien el asesino despojó de cuanto llevaba.

Averiguóse que un hombre habia entrado en el coche donde iba Mr. Briggs, momentos antes del crimen, y habia salido despues de cometido el asesinato; siguióse la pista á este hombre; súpuse que se habia embarcado para Nueva-York; súpuse tambien el nombre del buque que le conducia, y los agentes de la autoridad salieron en su busca, y le trajeron á Londres cuando ya estaba á punto de pisar el suelo americano. Este hombre en quien recaian todas las sospechas, era Franz Muller, cuyo retrato damos hoy, jóven alemán de 22 años, de carácter afable y que hasta entonces habia observado buena conducta. Halláronse en su poder el sombrero y el reloj de la víctima; y en su contra se acumularon tales indicios, que el jurado le declaró culpado del delito de asesinato.

Sin embargo, no habia pruebas concluyentes; no existia la evidencia que las leyes de los países civilizados exigen para la condena á muerte, y la opinion pública de Inglaterra se conmovió y la colonia alemana de Londres hizo grandes esfuerzos para salvar á Muller. El gobierno inglés á todas las peticiones que se le dirigieron contestó negándose á mandar suspender la ejecucion de la sentencia capital.

Una vez condenado á muerte Muller, todavia tuvo esperanza, y persistió hasta el último momento en afirmar que era inocente.

—Ya solo os resta prepararos á la muerte, le decia el fiscal: si podeis dar algun dato acerca del crimen, no dudeis en hacerlo en estos supremos instantes.—Muy perverso seria, contestaba Muller, si me acusase de un crimen que no he cometido.

A las once de la noche del 13, víspera de la ejecucion, se mandaron cerrar en Londres todos los cafés y casas públicas. Un inmenso tropel de gente, de esa que solo se da á luz en tales casos, acudió á buscar sitio para presenciar la ejecucion al siguiente dia. Entre aquella turba empapada de lluvia, circulaban los comestibles y los frascos de aguardiente.

A las siete los capellanes y el verdugo entraron en el calabozo de Muller y le encontraron dormido. Despertáronle. Uno de los capellanes volvió á preguntarle:—En nombre de Dios ¿sois culpado?—Soy inocente exclamó Muller. El infeliz aun tenia esperanza.

Solo cuando se vió con la soga al cuello y próxima á desaparecer bajo sus pies la tabla que le sostenia; cuando solo un segundo le separaba de la eternidad, fue cuando, preguntado por última vez, dijo con voz débil:

—Sí, yo lo he hecho, no he tenido cómplices.

Un instante despues todo habia concluido para él en esta vida.

A LAS INDIAS (I).

«A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar:
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar.

(Canc. pop. de la Montaña.)

I.

—Madre, este carranclan está mal hecho.

—¡Jesús, que condenao de chiquillo!... Si le está, que ni pintao.

(1) Pertenece este interesante y trascendental artículo al libro de que ya se ocupó EL MUSEO, titulado: *Escenas Montañesas*. (N. de la R.)

—¡Tisana, que me aprieta por todas partes, y los faldones se me suben al pescuezo cada vez que me voy á quitar el sombrero!

—Dí que eres un mocoso presumido y no me rompas la cabeza.

—Diga usted que no sabe coser por lo fino... ni esta tarasca de mi hermana... ¿Lo ve?... Lo mismo coge la aguja que las *trentes*. ¡Tisana, qué camisa me está cosiendo!... ¡A ver si das mas cortas esas puntadas!...

—El demonio del renacuajo... ¿Cuándo soñaste tú gastar levita? Despues que me llevo mes y medio sin pegar el ojo por servirle á él... Madre, yo no coso mas.

Y la censurada costurera, que es una mocetona como un castaño, arroja al suelo la camisa que estaba cosiendo y vuelve las espaldas con resuelto ademán al escrupuloso elegante, rapaz de trece años, listo como una ardilla y tan flaco como el mango de una paleta.

Su madre, mujer de cuarenta años, aunque las arrugas del rostro y la curva de sus espaldas le hacen representar sesenta, despues de comerse media cuarta de hilo para hacerle punta para que páse por el ojo de la aguja que apenas se ve entre sus callosos dedos, pone en órden á la susceptible costurera, se acerca al muchacho, le hace girar tres veces sobre sí mismo, le estira con fuerza la levita que lleva puesta, y despues de contemplar un instante su obra, vuelve á sentarse exclamando con acento de profunda conviccion:

—Que la pinte mejor un sastre.

Mas antes de pasar adelante y para mejor inteligencia de mis lectores, es justo que, como diria el inédito poeta don Pánfilo, *espliquemos la situacion*.

Que nuestros personajes son montañeses, debe haberse deducido del estilo del diálogo anterior; y si esto no lo ha explicado bastante, conste desde ahora que lo son en efecto. El lugar de la escena puede el lector colocarle en el punto de la provincia de Santander que mas le conviniere, si bien su parte oriental es preferible por ser en ella mas frecuentes que en las demás, cuadros semejantes al que voy á describir. El escenario es aquí el ancho portalón ó teja-vana de una casa pobre de aldea. Esta, como todas ó la mayor parte de las de su categoría, tiene en la humilde fachada del portal tres huecos; la puerta principal en el centro, la de la cuadra á la izquierda y á la derecha la ventana de la cocina. Sentadas en el umbral de la primera cosen las dos mujeres; la segunda está entreabierta porque acaba de entrar á arreglar el ganado el bueno del tío Nardo, jefe de la familia, ó esposo y padre respectivamente de los personajes de nuestro diálogo. Por lo que hace á la ventana, aunque no la necesitamos para nada, diré, á fuer de verídico historiador, que está cerrada, pues su mision, mas que dar luz á la cocina, es dejar que salga el humo de ella cuando hay fuego en el hogar, el cual está ahora tan frio como la borona que en él se coció por la mañana para todo el dia... y dicho se está con esto que la escena es por la tarde: conste tambien, sin que este dato sea, como aparecerá á primera vista, una minuciosidad inútil, que es el mes de setiembre. Ahora solo me resta consignar que el pequeñuelo interlocutor al dirigir tan graves cargos á su madre y á su hermana llegaba al portal, vestido con levita, pantalón y chaleco de mahon gris, agarrotado su cuello entre los revueltos y atropellados pliegues de una enorme corbata de percal á grandes cuadros rojos, medio oculta su diminuta é inteligente cabeza bajo las anchas alas de un sombrero de paja con cinta verde, y calzado, por último, con gruesos zapatos de Novales. El polvo que los cubre, el arrebatado color de la cara del muchachuelo y el garrote que éste trae en una mano, prueban bien á las claras que acaba de hacer una larga caminata. En cuanto á las razones que tiene para quejarse de la tijera de su madre y de la aguja de su hermana, no dejan de ser fundadas si se mira su vestido con alguna atencion; pero tambien es cierto que las pobres mujeres nunca las vieron mas gordas, y que el intolerante rapaz se mete por primera vez bajo aquellos faldones que le estorban. Tambien debe constar que, á pesar de lo que dijo al presentarse en escena, hay en su fisonomía algo de risueño y placentero que denota una satisfaccion interior: su viaje debe haber tenido un éxito feliz... Mas para saber lo que hay sobre esto y otras cosas que me propongo referir, volvamos á tomar el asunto donde le dejamos para hacer esta corta digresion.

Mientras la madre pronunciaba las palabras que quedan escritas, hecho el exámen de la levita de su hijo, éste se sentó en el *pozo* del portal, entre las dos puertas, y limpiándose con el pañuelo del bolsillo el polvo de sus zapatos, replicó vivamente:

—Eso lo dice usted aquí porque no hay comparanza; pero si me viera al lado de don Damian como yo acabo de verme... ¡Tisana, qué levita!... aquellas sí que son costuras, ... ni siquiera se conocen... ¡Y qué corte! ¡Da gloria de Dios el verla! Y no estos costurones... ¡mas mal asentaos!

—Pero condenao, ¿cómo quieres tú comparar aquel paño tan fino con ese mahon de á tres reales?

—¡Qué mahon ni qué ocho cuartos! En las manos consiste toa la ciencia... Si me hubiera hecho la ropa un sastre de Santander, como yo queria... Lo mismo que el chaleco... y los calzones: por un lado me sobra media fanega y por otro no me puedo revolver adentro... Y estos zapatos... yo no sé en qué consiste que

cuanto mas tocino les doy *mas peor* se ponen. ¡Qué zapatos los de don Damian, tisana, relumbran como el sol de medio dia.

—Pero, hijo mio, ¿no ves que don Damian es un señor muy rico?...

—Tambien tú te vestirás asi en el dia de mañana, ¿verdad madre?

—Anda, anda; ya te estás *relambiando* con los vestidos que te he de regalar... ¡como no pongas otros!...

—Ni falta que me hacen, para que lo sepas: probe nací, y con saya de estameña y tirando de la azada me han de querer...

—Calla, tonta; que lo dije por oírte: miá tú qué me importará á mí el dia de mañana vestirme como una señora principal... ¿eh, madre?

A la buena mujer, mientras sus dos hijos comenzaban á contender en este terreno, se le iban enrojeciendo los ojos, fenómeno que, en idénticas circunstancias, habia observado de algunos dias á aquella parte el tío Nardo con no poca sorpresa; y sabiendo por la experiencia que si no combatia la emocion á tiempo no podria disimularla, dió al diálogo otro giro diverso preguntando al muchacho:

—¿Te dió la carta don Damian?

El interrogado que, por otra parte, parecia estar deseando que le hiciera semejante pregunta, echó la mano al bolsillo interior de su levita, despues á uno de los del chaleco, ocultó entre sus dedos una moneda, y sonriendo con espresion de triunfo y de entusiasmo, exclamó, alzando progresivamente la voz:

—Aquí está la carta... y aquí... esto... ¿lo ven bien? esto... ¿qué dirán que es esto?... Tisana, que no lo aciertan: pues esto es... ¡media onza!

—¡Media onza!...

—¡¡Media onza!!

—¡¡Media onza!!

—¡¡¡Media onza!!! añadió el tío Nardo, asomando la cabeza por la puerta de la cuadra; ¡media onza! repitió mientras descubria el tronco; ¡media onza! exclamó, en fin, trasladándose de un brinco junto al grupo que formaba ya su familia admirando la moneda que Andrés (y ya es hora de decir cómo se llamaba el rapaz) enseñaba como una reliquia.

—¡Media onza! sí, recalaba este último girando en todas direcciones; media onza mas maja que el sol... aquí está, don Damian me la dió para mí solo; ¡viva don Damian!

Despues que hubo pasado la moneda de mano en mano por todas las del grupo, que todas las personas que le componian (menos la mujer del tío Nardo, que, en verdad sea dicho, contemplaba aquella escena sin saber lo que le pasaba) la hubieron mirado y remirado y hecho sonar contra las piedras, Andrés volvió á apoderarse de ella, y reclamando la atencion de toda su familia, desdobló la carta que tambien le dió don Damian, y leyó en ella, con mucha seguridad, aunque con bien poco sentido gramatical, lo que sigue:

«Señor don Frutos Mascabado y Caracolillo.

Habana.

»Mi querido amigo y antiguo compañero: El dador de esta lo será, Dios mediante, el jóven Andrés de la Peña, que saldrá de Santander, al primer tiempo, en la fragata *Panchita* con rumbo á esa ciudad, en la cual se propone probar fortuna. Al efecto me tomo la libertad de suplicar á usted le auxilie en todo lo que esté de su parte, tratando por de pronto de proporcionarle acomodo conveniente á sus circunstancias. Dicho Andrés es muchacho listo y de buena conducta, tiene excelente pluma y sabe de cuentas hasta la de *compañías* inclusive.

»Contando con su buena amistad de usted me atrevo á anticiparle las gracias por lo que en obsequio de mi recomendado haga, que será desde luego uno de los buenos servicios, entre otros muchos, que le deberá su afectísimo amigo y seguro servidor Q. S. M. B.

Damian de la Fuente.»

Despues de esta carta, paréceme escusado decir á mis lectores lo que significa la levita de Andrés y el inusitado movimiento de toda su familia alrededor de su equipaje.

II.

Por regla general, á los niños, apenas dejan los juguetes, les acomete el afán, sobre todas sus otras aspiraciones, de *hombrear*, de tener mucha fuerza y de levantar medio palmo sobre la talla. Pero cuando los niños son de estas montañas, por un privilegio especial de su naturaleza su único anhelo es el de la independencia con un *Don* y mucho dinero. Y segun ellos, no hay mas camino para conseguirlo que irse «á las Indias...» —Los abismos del mar, los estragos de un clima ardiente, los azares de una fortuna ilusoria, el abandono, la soledad en medio de un país tan remoto... nada les intimida; al contrario, todos estos obstáculos parece que les escitan mas y mas el deseo de atropellarlos. —¿No es cierto que en América es de plata la moneda mas pequeña de cuantas usualmente circulan?—Pues un montañés no necesita saber mas que esto para lanzarse á esa tierra feliz: la vida que en la empresa arriesga le para-

ce poco, y otras ciento jugara impávido si otras ciento tuviera.

¿Hay quién lo duda? Ofrezca un pasaje *gratis* desde Santander á la isla de Cuba, ó una garantía de pago al plazo de un año, y verá los aspirantes que á él acuden. Y no se apure porque el pasaje no sea de primera cámara: un montañés de pura raza atraviesa en el tope el Océano, si necesario fuese.

Díganle «á las Indias vamos,» y con tan admirable fé se embarca en una cáscara de limon como en un navio de tres puentes. Este heroísmo suele ir mas allá aun.—Un indiano de semejante barro ve trascurrir los mejores años de su juventud de desengaño en desengaño, y no desmaya.—No hay trabajo que le arredre ni contrariedad que apague su fe: la fortuna está sonriéndole detrás de sus desdichas, y la ve tan clara y tan palpable entonces como la vió de niño, cuando, soñando sus ricos dones, se columpiaba en las altas ramas del nogal que asombraba su paterna choza.

De lo cual se deduce que la honradez, la constancia y laboriosidad de un montañés, son tan grandes como su ambicion.

Nadie, que sea justo, podrá quitar á esta noble raza un timbre que tanto la honra.

Nuestro Andresillo, pues, vástago legítimo de ella, no bien supo hablar, ya dijo á su madre que él seria *indiano*. Creció en edad, y la idea de irse á América fue el tema de todas sus ilusiones; y tanto y tanto insistió en su proyecto, que su familia comenzó á deliberar sobre él muy seriamente.

Un día fueron tio Nardo y su mujer á consultarlo con don Damian, indiano muy rico de aquellas inmediaciones, y de quien ya hemos oido hablar.—Don Damian habia hecho, es cierto, una gran fortuna: esto es lo que veia toda la poblacion de la comarca y lo que escribaba mas y mas en los jóvenes el deseo de emigrar; pero en lo que se fijaban muy pocos, si es que alguno pensó en ello, era en que don Damian se hizo rico á costa de veinte años de un trabajo constante; que en todo este tiempo no dejó un solo día, una sola hora, de ser hombre de bien, ni de cumplir, por consiguiente, con todos los deberes que se le imponian en las difícilísimas circunstancias porque atravesó. Además, don Damian habia ido á América muy bien recomendado y con una educacion bastante mas esmerada que la que llevan ordinariamente á aquellas enviadas regiones los pobres montañeses. Todas estas circunstancias, que obraron como base principal de la riqueza de don Damian, hacian en él una obligacion de esponérselas á cuantos iban á pedirle cartas de recomendacion para la Habana, y á consultarle sobre la conveniencia de salir á probar fortuna.—Cuando semejantes consideraciones no bastaban á desencantar á los ilusos, daba la carta que se le pedia, y á veces su firma garantizando el pago del pasaje desde Santander á la Habana.

Los padres de Andrés oyeron del generoso indiano las reflexiones mas prudentes y los mas oportunos consejos cuando á pedirselos fueron en vista de las reiteradas insinuaciones de aquel. En obsequio á la verdad, la mujer del tio Nardo no necesitaba de tantas y tan buenas razones para oponerse á los proyectos de su hijo: era su madre y con los ojos de su amor veia al través de los mares nubes y tempestades que oscurecian las risueñas ilusiones del ofuscado niño; pero el tio Nardo, menos aprensivo que ella y mas confiado en sus buenos deseos, apoyaba ciegamente á Andrés; y entre el padre y el hijo, si no convenian, dominaban á la pobre mujer, quien por otra parte respetaba mucho las *corazonadas*, y jamás se oponia á lo que pudiera ser *permision* del Señor. El párroco del lugar le habia dicho en muchas ocasiones que Dios hablaba á veces por boca de los niños, y por sí á Andrés le habia inspirado el cielo su proyecto, se decidió á respetarle en cuanto le pareciese deber hacerlo así.

Sobreponiéndose, pues, á las reflexiones del indiano la fuerza de voluntad de Andresillo y la buena fe de su padre, el primero prometió su proteccion al segundo; y desde aquel día no se pensó mas en la casita que conocemos que en arreglar el viaje lo mas antes posible.

Los preparativos al efecto eran bien sencillos: sacar el pasaporte y hacer el equipaje.

Este se componia:
De tres camisas de estopilla;
Un vestido completo de mahon, de día de fiesta;
Otro id., id., id., para el diario;
Una colchoneta y una manta, y
un arca de pino pintada de almagra para guardar durante el viaje la ropa que Andrés no llevase puesta.

Del pago del pasaje se encargó don Damian hasta que Andrés pudiera ganarlo.

El producto de la única vaca que tenia el tio Nardo, vendida de prisa y al desbarate, dió justamente para los gastos de equipo del futuro indiano y para el pequeño fondo de reserva que debia llevar consigo, fondo que se aumentó con medio duro que el señor cura le regaló el mismo día que comulgó, con seis reales del maestro que le dió últimamente lecciones especiales de escritura y cuentas, y con la media onza de que tiene noticia el lector. Y no se arruinó completamente la pobre familia para «echar de casa» á Andrés, gracias al generoso anticipo del indiano: de otro modo hubiera vendido gustoso hasta la cama y el hogar. Los ejemplos de esta

especie abundan, desgraciadamente, en la Montaña.

El día en que presento la escena á mis lectores, era el último que Andrés debía pasar bajo el techo paterno: le habia destinado á despedidas, y ya tuvimos el gusto de ver el resultado que le dió la de don Damian; dia, que, dicho sea *inter nos*, habia costado muchas lágrimas á la pobre madre, á escondidas de su familia, pues no podia resignarse á ver con calma aquel pedazo de sus entrañas arrojado tan joven á merced de la suerte y tan lejos de su proteccion.

Pero las horas volaban y era preciso decidirse. Cuando Andrés acabó de leer la carta, su único amparo al dejar á su patria, y á vueltas de algunos halagüeños comentarios que se hicieron sobre ella, la pobre mujer, á quien ahogaba el llanto, mandó entrar en casa á su hijo para que su hermana le limpiase la ropa que llevaba puesta y se la guardase, mientras ella daba las últimas puntadas á una camisa.

Andrés, entonando un aire del pais, obedeció saltando de un brinco sobre el umbral de la puerta; pero su madre, al ver aquella expansiva jovialidad en momentos tan supremos, fijos en él sus turbios ojos mientras atravesaba el angosto pasadizo, abandonó insensiblemente la aguja, y dos torrentes de lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas.

—¡Pobre hijo del alma!... murmuró con voz trémula y apagada, tan joven... y tal vez...

Pero horrorizada con lo que iba á decir, sepultó su cara entre las manos, como si temiera despertar con sus palabras el adverso destino de su hijo.

Tio Nardo mas optimista, por no decir menos cariñoso que su mujer, no comprendiendo aquella situacion tan angustiosa, hacia los mayores esfuerzos por atraerla á su terreno.

—Yo no sé, Nisca, le dijo cuando estuvieron solos, qué demonches de mosca te ha picado de un tiempo acá, que no haces mas que gimotear.—Pues al muchacho no soy yo quien le echa de casa, que allá nos anduvimos al efecto de embarcarlo... y por Dios que no lo afeaste nunca bastante, ni te opusiste de veras.

—Y ¿qué habia de hacer yo? Tampoco hoy me opongo, aunque cuanto mas se acerca la hora de despedirme de él... ¡Pobre hijo mio!... Dícenme que puede hacer fortuna... ¡y nosotros somos tan pobres! ¡Ofrecen tan poco para un hombre estos cuatro terrones que el Señor nos ha dado!... ¡Ay! ¡si El quisiera favorecerle!!

—Pues ¿qué ha de hacer, tocha? No, que no... ahí tienes á don Damian...

—Siempre habeis de salirme con don Damian.

—Y con muchisima razon; ¿qué mejor ejemplo? Un señor que vino al pueblo cargado de talegas; que á todos sus parientes ha puesto hechos unos señores; que no bien sabe que hay un vecino necesitado ya está él socorriéndole; que alza solo casi todas las cargas del lugar; que corta todos los pleitos para que no se coma la justicia la razon del que la tiene y el haber de la otra parte, y que no quiere por tanto beneficio mas que las bendiciones de los hombres de bien. ¿Qué mas satisfaccion para nosotros que ver á nuestro hijo en el día de mañana bendecido como don Damian?

—¡Ay, Nardo! en primer lugar, don Damian fue siempre muy honrado...

—No viene Andrés de casta de pícaros.

—Despues, Dios le ayudó para que hiciera suerte.

—¿Y por qué no ha de ayudar á Andrés?

—Don Damian fue un señor desde sus principios, y cuando salió de aquí llevaba muchos estudios y sabia tratar con personas decentes... y habia heredado la levita, que esto vale mucho para bandearse fuera de los bardales del lugar.

—Bah, bah... ríete de cuentos, Nisca, que todos los hombres nacimos de la tierra y tenemos cinco dedos en cada mano.

—Valiera mas, Nardo, que en lugar de fijarnos en ejemplos como el de ese buen señor para echar de casa á nuestros hijos, volviéramos los ojos á otros mas desgraciados. ¡Cuántas lágrimas se ahorrarian así!... Sin ir mas lejos, ahí está nuestra vecina que no halla consuelo hace un mes, llorando al hijo de su alma que se le murió en un hospital al poco tiempo de llegar á la Habana.

—Sí, pero ese muchacho...

—Era tan sano y tan robusto como Andrés, y como él era joven y llevaba buenas recomendaciones.—También las llevó el del tio Pedro y murió pobre y desamparado en lo mas lejos de aquellas tierras...—Bien colocado estaba el sobrino del señor alcalde y malas compañías le llevaron á perecer en una cárcel; y Dios parece que lo dispuso así, porque cuentan que si sale de ella hubiera sido para ir á peor paraje.—Veinte años bregó con la fortuna su primo Anton, y por no morir de hambre anda hoy de triste marinero ganando un pedazo de pan por esos mares de Dios.—Bien cerca de tu casa tienes al pobre hijo de Pedro Sanchez esperando á que se le acabe la poca salud que trajo de las Indias al cabo de quince años de buscarse en ellas la fortuna, para que Dios le lleve á descansar á su lado; pues ya, pobre y enfermo, ni vale para apoyo de su familia, ni para el pueblo, ni para sí mismo, que es lo peor... y bien reniega de la hora en que salió de su casa...

—Anda, anda... echa por esa boca desventuras y lástimas. ¿Por qué no te acuerdas del hijo del manco y

de el del alguacil, que dice que gastan coche en la Habana y que están tan ricos que no saben lo que tienen?

—Mal año para ellos, que dejan morir de miseria á sus familias que se arruinaron por embarcarlos, y ni siquiera se acuerdan de la tierra en que vieron el sol.—Mucho quiero á ese pobre hijo que se vá á ir por ese mundo; pero antes que verle mañana sin religion, olvidado de su familia y de su tierra, Dios me perdone si en ello le ofendo, quisiera la noticia de que se habia muerto...

—Vaya, Nisca, que hoy te da el naípe para sermones de ánimas... Todavía me has de hacer ver el asunto por el lado triste.

—Dichoso de tí, Nardo, que no le has visto ya.

—No seas tonta, que yo no puedo ver esas cosas como tú las ves... Porque este lugar haya sido poco afortunado para los indianos...

—Calcula tú cómo andarán los demás cuando en este rincón solo hay tanta lástima. ¡Ay, Nardo! aunque yo no lo tocara con mis manos y lo viera con mis ojos, los consejos de don Damian, con la esperiencia que tiene, serian de sobra para que yo llorara al echar sola por el mundo á esa pobre criatura.

La salida de Andrés interrumpió este diálogo: traía puesto su traje de camino, nuevo tambien, pero de corte mas humilde que el que se habia quitado para que su hermana se le guardase.

Tia Nisca se enjugó apresuradamente los ojos al ver á su hijo, y plegó con esmero sobre sus rodillas la camisa que habia concluido.

Toda aquella tarde se invirtió en arreglar el equipaje de Andrés, y al anoecer se rezó el rosario con mas devocion que nunca, pidiendo todos á la Virgen, con esa fe profunda y consoladora de un corazon cristiano, amparo para el que se iba, y para los que se quedaban resignacion y vida hasta volver á verle.

(Se continuará.)

JOSÉ MARIA DE PEREDA.

A ROSARIO.

Blanca paloma, flor perfumada,
Grato murmurio de la enramada,
Beso suave de blanda brisa,
Dulce armonía, rayo de luz,
Eso eres tú.

Tú, hermosa mia, por quien suspiro,
Por quien de amores loco deliro;
Tú, que en mi mente vives constante
Cual una estrella pura y radiante
Del cielo azul.

Eco lejano de ronco viento,
Pálida sombra, triste lamento,
Cielo con nubes, playa intranquila,
Reflejo ténue de opaco Sol,
Eso soy yo.

Yo, que en tí pienso de noche y día,
Yo, que no viéndote me moriría,
Yo, que insensato con vano empeño
Corro infelice tras el ensueño
De un loco amor.

PEDRO F. REYMUENDO.

LAS HUELGAS DE PARIS.

SEGUNDO EPISODIO.

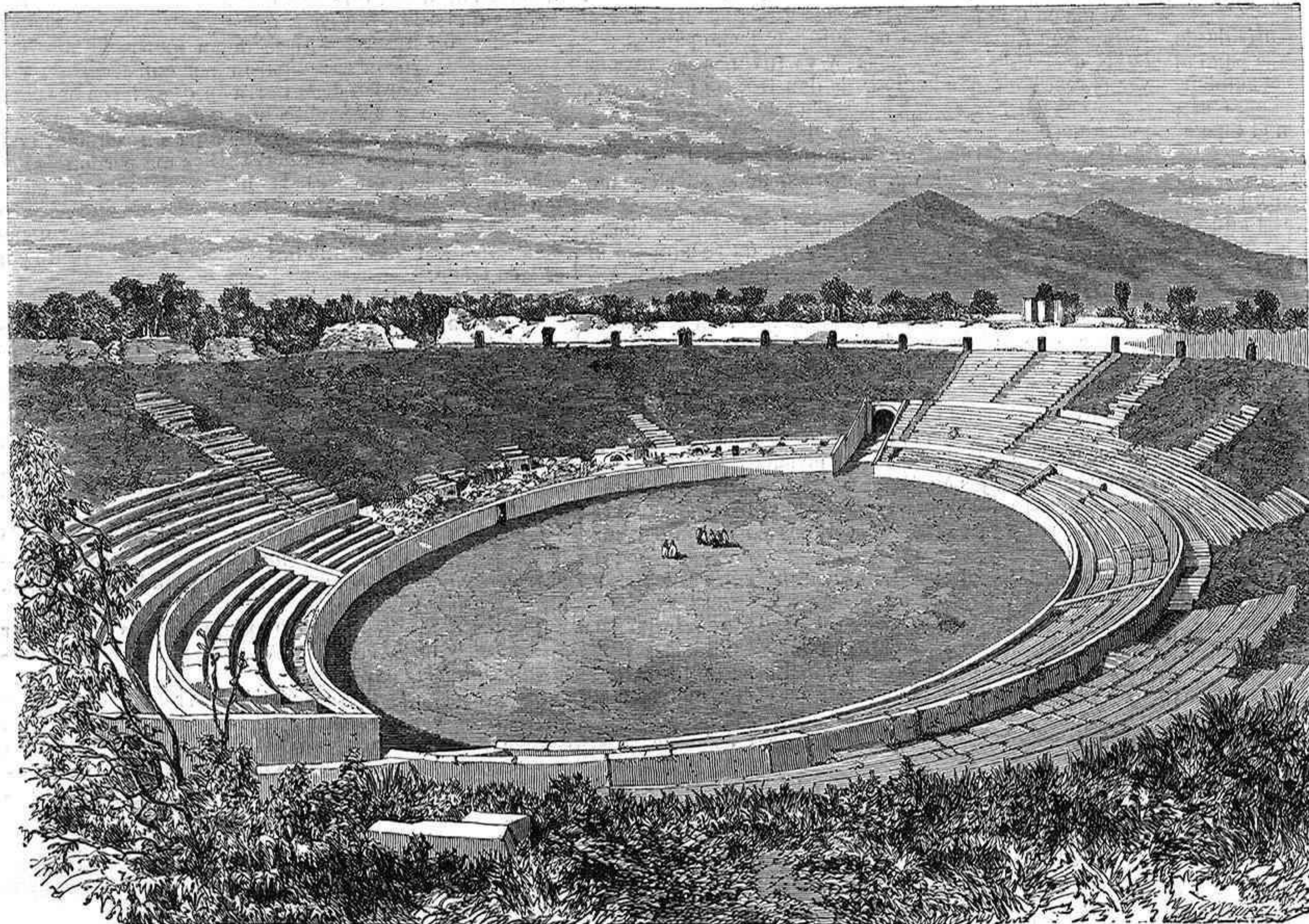
(CONTINUACION.)

El pintor la habia retratado en la época de su divorcio del marqués Dudevand, es decir, en el tiempo de su mayor belleza, en ese tiempo en que las habillitas del vulgo pretendieron sacar partido de aquella circunstancia triste, sin lograr la clave del enigma que ha venido luego á revelarnos la escritora misma en la *Historia de su vida íntima*.

Vestia un jubon con botones dorados, bordado de agremanes y galones, cuyas solapas cruzaban de hombro á hombro, cerrando púdicamente el descote hasta el nacimiento de su cuello torneado, blanco como el del cisne y del cual pendia una riquísima cadena, y de ella una preciosa cruz de oro y una miniatura con el retrato de su abuela, en cuyo poder creció esa criatura tan original y escéntrica. Sobre su frente pálida brillaba una diadema de brillantes con laurel y rosas diminutas, y una redecilla abrigada sembraba de diamante en polvo aquella cabeza inteligente.

En sus labios rojos como el carmin parecia vagar una amarga sonrisa, al paso que ardia en ellos un grueso cigarro habano, del cual exhalábanse torbellinos de humo que parecia esparcir en torno de la heroína una atmósfera fantástica y nebulosa, en la cual destacábase el perfil del rostro, como al través de un vaporoso crepúsculo.

Las facciones purísimas de la escritora revelaban la honda impresion de un dolor mal encubierto, aunque



POMPEYA Y LOS POMPEYANOS.—ANFITEATRO DE POMPEYA.

heróicamente reprimido, el dolor que aqueja la existencia de esa mujer célebre, y tortura siempre su corazón transido por el misterio que la rodea: parecíame ver temblar una lágrima furtiva en aquellos ojos rasgados, como la gota de rocío que tiembla en la rama del árbol sacudida por las ráfagas del torbellino; y tal era la propiedad con que yo concibiera aquella sensación, que creía oír el suspiro de la mujer mártir, tierna confianza de dos almas puestas en contacto por una secreta simpatía, y al cual respondía mi corazón entusiasta con un grito recóndito de conmiseración y respeto.

X.

En medio de aquel cuadro semi-vivo que petrificará aun más allá de la tumba la huella sensible de esos seres á quienes tanto debe el mundo inteligente; en medio de esa imponente y fiel galería que reproducía simultáneamente existencias que fueron, juntas con otras que aun eran, parecíame entrever sombras y fantasmas, impalpables espíritus que poblaran un mundo imaginario donde vagaban mis reflexiones sensibles. ¡Oh! ¡con qué ansia quería yo absorber la parte vital que pretendía animar á algunas de aquellas fisonomías que solo pertenecían ya á la región de las sombras! ¡cómo quería yo absorber el pretendido aliento de aquellos seres que mentaban el arte y que halagaban la ilusoria poesía de un recuerdo santificado por la muerte!...

Y sin embargo, en medio de ese panteón fúnebre, junto á ese irrisorio cuadro monumental que la ironía ó el capricho habían colocado junto á la vida misma en toda la plenitud de su nervio, como una especie de profanación inocente, sentía yo dentro de mí algo de misterioso é incomprendible; los objetos tomaban á mi vista enormes proporciones, crecían, se multiplicaban y giraban en torno mio, y en aquel torbellino fantástico, sentíame también arrebatado, lanzado al infinito, envuelto en las nieblas de un vago crepúsculo, como un delirio profundo, esa aberración de la vida, que es su paréntesis, bajo la fría apariencia de la muerte.

XI.

De aquel rapto mental vino á distraerme luego un golpecito dado prudentemente en el hombro. Me volví sorprendido y me encontré frente al semblante siempre placentero y alegre de Mr. Horacio Berruyer, redactor de la *Presse*, el más fiel amigo que me deparó la suerte en París y á quien he citado ya otras veces.

—La hora del almuerzo va á sonar, me dijo, y no habéis de esperarla ahí hecho un babieca: es verdad que os falta un *cicerone*, cuyo cargo vengo á desempeñar, conduciéndoos á los principales objetos que aun os faltan que ver, ya que tan amante sois de la curiosidad, que instruye y deleita al propio tiempo.

Le contesté con una sonrisa de gratitud, y maquinalmente me cogí á su brazo, como un autómeta, deján-

dome conducir al través del lujoso y perfumado oleaje del gentío que se multiplicaba visiblemente, como una asamblea de notabilidades.

Condújome medio arrastrando al extremo de aquella pieza, colgada de pesadas cortinas de terciopelo negro cogidas á pabellones, con galones, franjas y borlas de oro.

Sobre aquel fondo de un luto espléndidamente lujoso, resaltaba un gran cuadro con marco de oro en lámina, rodeado de alegorías y primores artísticos. Al pie lucían también coronas de siemprevivas, de laureles y palmas, con inscripciones que la piedad filial consagrara á la memoria venerable del padre que representara aquella pintura, verdadero prodigio del arte.

Era el retrato de cuerpo entero de un hombre sumamente alto y membrudo, de hercúlea musculatura y mirada ardiente como el rayo. Vestía uniforme de general francés, y mientras sujetaba con la mano derecha el anteojo, su otra mano descansaba sobre la enorme empuñadura del sable de campaña, que llevaba ceñido á la cintura.

Así la gran figura del gigante armado aparecía como una divinidad bélica, como el Hércules de la fábula, presidiendo aquel congreso de la soberanía intelectual del hombre, y en cuya pupila de fuego ardía el centro volcánico de una superioridad innata, sojuzgada, al parecer, la idea, y suponiendo ante el emblema personificado de la fuerza bruta del materialismo, una victoria aparente, desmentida empero por la razón filosófica y por el buen sentido.

Al pie leíase el siguiente rótulo, figurando una serpiente enroscada á un arbusto.

«Tomás Alejandro Dumas Davy de la Pailleterie, hijo del marqués de este título y general de división, natural de Jeremías, en la Jamaica, nacido en 25 de marzo de 1762 y muerto de pesadumbre á las doce de la noche de 26 de febrero de 1806.

»Su hijo Alejandro Dumas, etc, de Labouret, tributa al buen recuerdo de tal padre, á su valor y honra nunca desmentidos, este débil testimonio de gratitud y amor.

»D...»

Me he olvidado decir que el general era mulato, y la piel curtida y cobriza de su rostro denotaba ese tipo genérico africano, rudo y fuerte como el del salvaje, ese hijo nómada de la selva y del desierto.

XII.

Oyóse el toque vibrador de una campana, y la multitud empezó á evacuar rápidamente el gran salón.

Dumas se aproximó á nosotros, en quienes no pareció reparar al pronto, dobló una rodilla ante el retrato, murmuró una palabra que no comprendimos, y se alejó al punto, empujándonos para que le siguiéramos.

—Caballeros, nos dijo, precediéndonos siempre, me he enterado, ya lo veis, lo cual me sucede siempre que me hallo frente á frente de ese héroe á quien perdí todavía muy niño, como que apenas contaba tres años: ¿qué queréis? un hijo siempre tiene derecho á verter lágrimas de gratitud, cuando menos al tratarse de la persona á quien debe el ser; y yo le amaba tanto... Era pundonoroso y valiente, y murió mártir de su buena fe, que es el distintivo de las almas nobles. Pero un traidor, un enemigo falso, hipócritamente encubierto con la máscara de una pretendida lealtad, le asestaba sus ponzoñosos tiros, y la mas negra perfidia amargó sus últimos momentos. Ese hombre inicuo era Alejandro Berthier, montero mayor, y privado en el poder constituido. Mr. Deviolaine, inspector de bosques, se atrevió por fin á avisar á mi madre, y la pobre mujer, al instruir á su esposo de la conducta de ese falso amigo, necesitó al propio tiempo emplear toda su cándida influencia en solicitar el perdón de Berthier, sin obtenerlo, antes de apelar á la autorizada voz del abate Gregoire, que al fin obtuvo esa indulgencia del general, á quien auxilió en la agonía. Ya sabéis ese episodio triste, que procuro alejar de mi memoria, señores. Hacedme ahora el honor de continuar por este corredor y dispensadme una corta ausencia.

Los ojos grandes y estremadamente vivos de Dumas, lanzaron un relámpago que no era de odio, porque jamás lo abriga, pero de indignación al menos, y luego, á medida que concluía su discurso, fue serenándose aquella fisonomía, sus facciones se dulcificaron, y una triste expresión de melancolía pareció reflejar el sentimiento verdadero de esa alma tan mal comprendida y que se exhalaba ahora fundida en su gran ternura.

(Se continuará.)

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

EL COCINERO

DE

SU MAGESTAD.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE III.)

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

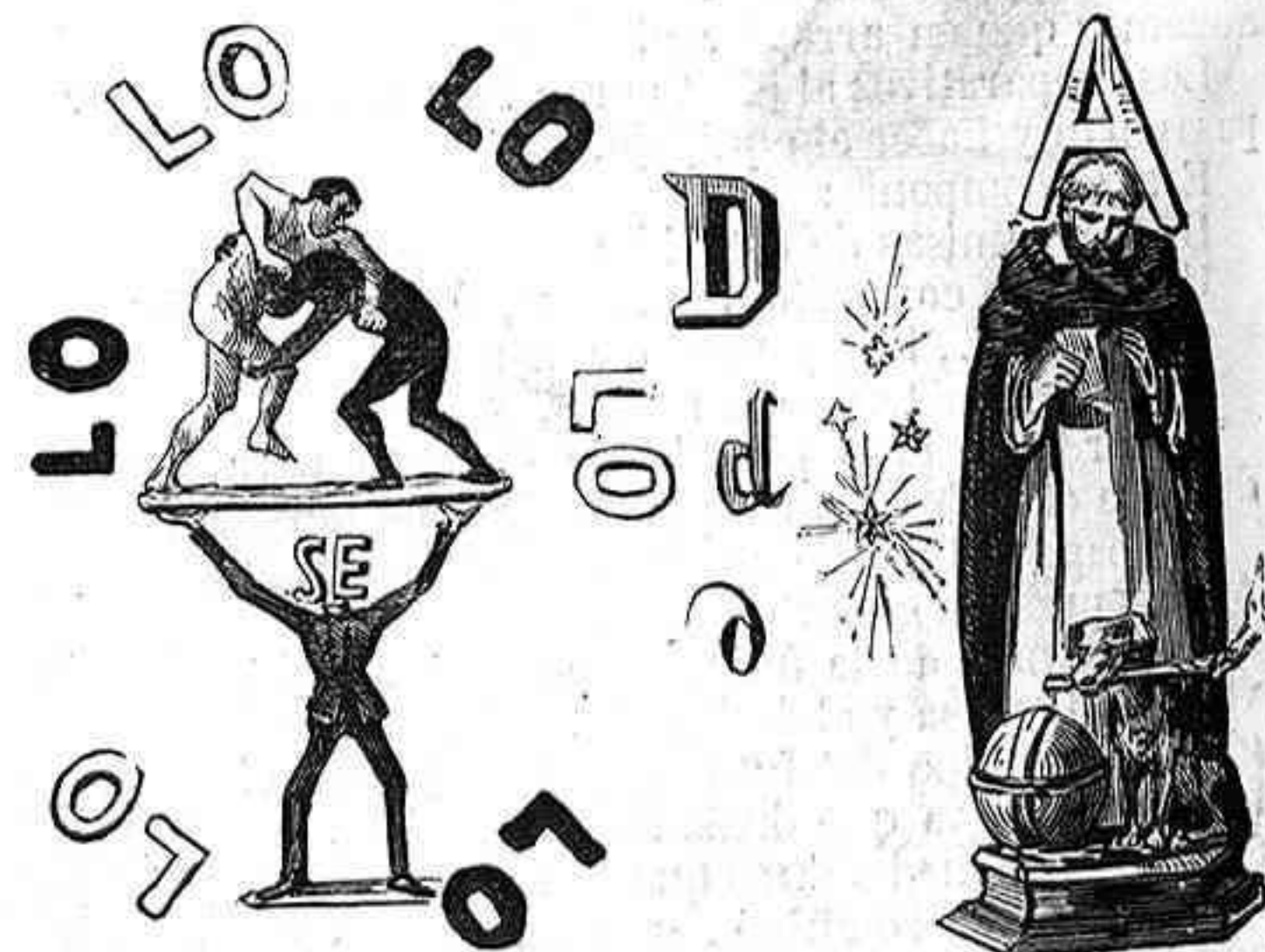
Edición ilustrada con láminas dibujadas y grabadas por los primeros artistas.

Agotados hace tiempo los ejemplares de las dos primeras ediciones, hemos resuelto publicar la tercera á un precio mas económico.—Constará de unas 40 ó 50 entregas, á real en toda España.—Se remiten gratis prospectos al que los pida.—Se suscribe en los mismos puntos que á EL MUSEO UNIVERSAL.

GEROGLÍFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Ser pobre y rico en un día, milagro es de lotería.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE. D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

Entre los blancos y negros se vitienen